Demonios de la misma caldera

Agustín Monsreal

Un episodio de infancia es evocado por el narrador de este relato con la sospecha que siempre involucra la operación del recuerdo: ¿qué tan real fue la muerte del tío Virgilio?, ¿qué tan fantástica era la historia de un gato dorado repentinamente vuelto salvaje? Agustín Monsreal entrega una pieza perfecta en su estructura y brillante en su estilo.

Los gatos poseen una perplejidad misteriosa. Son dóciles e imprevisibles; son enigma, azares infinitos, dinastías de sombra, propuestas de eternidad. A los gatos se les ama o se les odia, no hay términos medios. Resumen el significado de la vida, y se les teme de alguna forma recóndita e incierta, con una especie de temor ancestral: un gato es todos los gatos... Mientras estos pensamientos rondaban —acariciaban— íntima, suave, laciamente mi cerebro, una nostalgia imprecisa en un principio, y luego poco a poco cada vez más certera, más minuciosa, me condujo a mi insustituible ciudad de Mérida, a mi querido barrio de Santiago, a lo más insobornable de mi niñez, y me invitó a soñar, o me enseñó a inventar —para justificarme, para explicarme un hecho— el recuerdo de aquella esquina en la que se hallaba una tienda llamada *El lince dorado*. Al igual que a mí, habrá a quien este nombre le despierte el remanso de una añoranza.

El dueño de la tienda, don Virgilio Marón, era un hombre humillado por el desconsuelo; había en su rostro horas difíciles de olvidar, aflicciones secretas, derrotas, y de su boca colgaba una sonrisa que daba la impresión de una mala costumbre en su cara. Sus ademanes eran pacíficos y su hablar justo, grave, reposado. No tenía parientes ni amistades sinceras. Vivía solo y, como suele ocurrir con los solitarios, las mujeres lo codiciaban. Sin embargo, él no prestaba atención a ninguna. Según los moradores del barrio, años atrás, en su juventud, salió de la ciudad siguiéndole las faldas a una portuguesa que se reintegraba a su país, desengañada de mantener con él una relación de minutos contados y de oscuridad. Al irse (al escapar con ella), don Virgilio lo había dejado todo, afirmaban, pero sin aclarar qué era todo lo que había dejado. Regresó cuando ya nadie pensó que regresaría. Quiso entonces recuperar lo perdido y, como no pudo conseguirlo, se embarcó en un vapor carguero para curarse de la decepción y satisfacer su apetencia por conocer los puertos del mundo; sólo que no tenía salud para los mares y a la vuelta de algunos años, averiado de navegaciones, fatigado de vértigos y distancias, tuvo que acogerse de nuevo y para siempre a las domesticidades de la tierra firme. Adquirió una

propiedad (en una esquina muy próxima a la casa donde había sembrado el despecho) e instaló la tienda.

Los niños le decían —le decíamos, se apresura a corregir mi memoria— tío Virgilio. A la hora del crepúsculo (prefería las adulaciones de la sombra que las claridades), lo mismo que si cumpliera un deber o dejara libre una ansiedad, sacaba su mecedora a la banqueta, juntaba un montoncito de infancia a su alrededor y, en medio de los aromas de naranjo y tulipán que obsequiaba el aire cálido, nos narraba historias fantásticas de navíos antiguos y piélagos remotos donde los hombres atareaban sus vidas en abismos y laberintos en busca de la inmortalidad, y entre agonías y resurrecciones se perdían en ellos sin alcanzar otra gloria que el olvido. Los domingos a la mañana, guapeando con pantalón blanco de dril, guayabera blanca de lino y sombrero de jipijapa, salía a recorrer las generosidades, las dulcedumbres, los alborozos y devociones de la ciudad, y no retornaba sino hasta la medianoche. La curiosidad del barrio ignoraba qué era con exactitud lo que hacía y el sitio donde iba. Lo único indudable, de acuerdo con el parecer de las personas mayores, era que volvía enlobreguecido y atónito, como si trajera consigo los despojos de todas las fronteras, las zozobras de todos los océanos.

En casa, mi madre nos prohibía terminantemente acercarnos a él; alegaba que era un ser maligno, sin escrúpulos ni sentimientos, fuera de sus cabales, que tenía tratos con el infierno. Y es que para ella, el único hombre ejemplar sobre la tierra había sido mi padre. Por eso, aunque joven aún, nunca pretendió construir un nuevo tramo de felicidad ni aprender otro idioma de amor. A partir de su viudez se dedicó a la costura para acatar la obligación de mantenernos y, pese a su cariñosidad innegable, a veces era un poco arisca y autoritaria. Nosotros, ávidos de emociones y sin la menor malicia, nos exponíamos a sus regaños y desobedecíamos su prohibición. Por ese entonces yo cursaba el quinto año de primaria y mi hermana Ifigenia iba en tercero de secundaria.

En una ocasión (un lunes, digamos), estábamos a punto de sentarnos a merendar cuando tocaron a la puerta. Era él: don Virgilio Marón. Traía al hombro una bolsa de marinero. Mi hermana Ifigenia lo invitó a pasar. Yo de inmediato calculé el disgusto que su presencia le causaría a mi madre. Ella lo recibió con una expresión enérgica, incisiva, como hecha de vidrios rotos. Él se acomodó en un sillón de la sala, sereno, dueño de una voluntad perfecta.

—Traigo esta ropa para que me la zurza, si es que puede usted hacerme el favor.

Mi madre permaneció callada, rígida, con las rodillas muy apretadas, las manos apuñadas sobre el regazo. No lo veía a él, miraba la bolsa de marinero como examinándola, como tratando de adivinar lo que contenía. En realidad, ella acostumbraba la confección de vestidos y blusas, no el arreglo de ropa masculina.

—Está bien —aceptó por fin, sin amabilidad, sin intentar siquiera una sonrisa—. Si no se le ofrece otra cosa...

—Gracias —moduló él. Se puso de pie, calmosamente, se despidió de cada uno y se marchó, dejando tras de sí un poderoso aroma de vientos salinos.

La temida explosión de ira no llegó por ninguna parte. Mi madre no hizo el menor comentario. Alterada, inquieta, se retiró a dormir temprano. De ahí en adelante, las visitas se multiplicaron y su opinión acerca de don Virgilio empezó a virar de un opuesto a otro; dejó de considerarlo un adversario y gradualmente su aborrecimiento, su hostilidad, su desconfianza, fueron cediendo. Para nosotros, para mi hermana Ifigenia y para mí, don Virgilio se convirtió en una necesidad: su cercanía sin trabas nos ayudaba a crecer, nos procuraba entusiasmo y certidumbre. Poquito a poco, nos enseñábamos a conocerlo más, a quererlo, y mi madre acabó por aceptarlo como a un amigo auténtico, alguien de la familia.

El tío Virgilio poseía una sola característica innoble: odiaba entrañable, irrevocablemente a los animales. Y, quizá para atenuar ante los demás la fiereza de su rencor, platicaba que el nombre de la tienda se debía a que en una época, mucho tiempo atrás, tuvo un gato de pelaje amarillo oro. "Era un gato de mar. El mejor de su especie. Fue mi compañero durante todos mis años de navegante. Cuando volví a tierra y lo traje conmigo, a su manera me lo reprochó. Era grande, magnífico, más que gato parecía un lince". Y añadía penosamente, con una triste y apagada sinceridad: "Es la criatura que más he amado en mi vida". No obstante, al cabo de tantas y tantas jornadas de hábitos compartidos, de constancia infalible, sobrevino la traición, y con ella la desdicha.

—Murió —decía, cuando alguien (mi hermana Ifigenia, tal vez, o yo) lo interrogaba sobre el paradero del gato. Por unos segundos, su mirada se volvía sarcástica, arbitraria, afrentosa—: Mejor dicho, lo maté.

—¿Lo mató, tío Virgilio?

"Un día (nos contaba con palabras inalterables, con un acento doliente y laborioso, sobrado de intensidad, los ojos casi invisibles entre los párpados hastiados), al ir a recoger el plato de leche vacío, el animal se encrespó inexplicablemente, y abriendo el hocico proclamó su pequeña y punzante dentadura, retrocedió unos pasos y de pronto se abalanzó sobre mi mano encajándome las uñas y los dientes. Impulsado por el ardor que me produjeron los arañazos y las mordeduras, lo cogí por la cola y lo estrellé contra la pared. Lo vi rebotar y caer al suelo, espeluznado, rabioso. Sus pupilas se encendieron en llamas un instante y huyó, propagando un maullido infernal. Me desinfecté las heridas (exhibía la mano y el brazo, donde un mapa de relámpagos, un tatuaje de rayones pálidos y largos le corría zigzagueante), me calmé y me puse a buscarlo, pues ya tranquilo admití que debía de estar enfermo y que requería mis cuidados. Lo busqué y lo busqué sin encontrarlo. Estuvo escondido durante dos días y al tercero, cerca de la medianoche, reapareció sigilosa, engañosamente, mientras me desvestía para acostarme, y con un movimiento fulgurante me brincó al cuello (mostraba las cicatrices decididas que se entreveraban en su garganta, como si fuesen su prestigio, su honor). Conseguí, con un manotazo instintivo, sujetarlo por el pescuezo y comencé a apretar, apreté con toda mi desesperación, con todo mi pavor, hasta que lo sentí quedarse quieto, hasta que no fue sino un pedazo de trapo colgando entre mis dedos".

Después, aprovechando la cobarde complicidad de las tinieblas, lo enterró en el patio como quien entierra la fatalidad de un tesoro; después anheló el consuelo vano de una lágrima y después, árido y neblinoso, desposeído de paz y de esperanza, se tendió en la hamaca e intentó dormir.

Este relato lo conocía el barrio entero. Algunos le daban crédito; otros lo suponían una mera fábula; todos, sin embargo, experimentaban un vago desasosiego, una sensación de desamparo al escucharlo. Acerca del artero comportamiento del gato, don Virgilio sólo atinaba a conjeturar: "El demonio, el demonio que a veces toma cuerpo".

Los niños (no sé si lo imagino o lo recuerdo) le creíamos más que nadie, propensos como estábamos a apropiarnos los sueños ajenos.

A mí los meses se me iban en asistir a la escuela, ayudar a mi madre en los mandados, meterme en la pileta los días de bochorno, estudiar, perseguir zopilotes, admirar las audacias de los cirqueros ambulantes, encaramarme a la veleta para sentir el viento, ir a retozar al Parque Centenario o a comer sorbetes a la heladería de Polito, pescar ajolotes en los charcos, oir música en el aparato de radio, caminar descalzo cuando había inundación, cosas así. Don Virgilio iba a vernos casi a diario, para conversar, para merendar con nosotros, y a veces se retiraba hasta muy tarde. Durante una de sus visitas le

preguntó a mi madre, pero sin mucho interés, como quien hace una observación casual, una frase de cortesía:

—¿Y el padre de sus hijos?

Los hermosos labios de mi madre se contrajeron, desconcertados.

—¿No se lo han dicho ellos?

—No —respondió.

Y era verdad. Cuando nos reuníamos con él, allá en la tienda, nunca preguntaba nada: ni de nuestros parientes, ni de nuestras clases, ni de nuestras aficiones: nada. Como si lo único que le interesara fuese nuestra admiración.

—Mi marido falleció hace mucho tiempo —explicó mi madre con una especie de rabia inútil, igual que si arrojara una piedra contra el horizonte—. Falleció en un accidente, un descarrilamiento de tren.

—Nosotros no lo conocimos —intervino mi hermana Ifigenia.

—Tú sí, sólo que no te acuerdas —la corrigió mi madre. Y precisó, dirigiéndose a él—: Murió poco antes de que naciera Juan José.

Don Virgilio dejó caer un momento sus ojos en mis ojos; luego los depositó en mi hermana Ifigenia y, como acosado por una prisa repentina, se despidió enseguida. Sin motivo, sin dar ninguna razón, desapareció varios días. Mi madre comentó que últimamente lo había notado muy ansioso, malhumorado, que a lo mejor andaba con problemas en la tienda y se alejaba para no preocuparnos. En vez de confiar en nosotros, pensé, en nuestra amistad, en nuestro afecto. ¿Y si fuera a buscarlo? ¿Y si le dijese cuénteme lo que le pasa, tío Virgilio, quién quita y yo lo puedo ayudar, uno nunca sabe? Pero la indecisión me impidió hacerlo. Y mientras tanto en la intimidad de las casas, en la confidencia de las esquinas, en el bullicio mañanero del mercado, en el café del mediodía, en el atrio de la iglesia, cuchicheantes y alertas, las voces del barrio maliciaban y propagaban rumores acerca de un amor siniestro, un deseo indefendible, una pasión oprobiante que devastaba a don Virgilio; alarmadas, coincidían en señalar lo insólito, lo anormal de la situación, y repetían las palabras peligro, pecado, locura. Si lo de la portuguesa lo había aventurado en comarcas temerarias, lo de esta mujer acometía los límites de lo irrebasable. Por las noches, decían, merodeaba ciertas calles, agazapado entre los árboles, semejante a una sombra que se consume a sí misma. Aquella barbaridad, sin duda, acabaría en tragedia. Las murmuraciones, al cabo de tanto vaivén, de tanto flujo y reflujo, resultaron proféticas.

Don Virgilio reapareció por fin luego de un par de semanas (era jueves, quizá); mi madre y yo lo recibimos como si retornara de un viaje muy largo, y como dándole a entender que a nuestro lado tenía un lugar en el mundo, que se podía quedar para siempre. Mi hermana Ifigenia estaba en el patio, regando los tulipanes; él, al descubrirla, exclamó con el coraje desesperado de un náufrago, y a la vez con tenuidad, casi con fervor:

—Ya es una mujer.

Creo que ni mi madre ni yo lo habíamos advertido, porque los dos nos volvimos hacia ella. Mi madre la miró con pesar y sorpresa; yo la contemplé asombrado: la tierna evidencia de su figura angosta, el diseño decididamente distinto de las formas de su cuerpo.

La vida es un arena fina que sin cesar se nos está yendo entre las manos.

—Y tú —me señaló con un gesto que nos igualaba— ya eres un hombre. ¿Me acompañas a caminar un rato? —Yo asentí sin pensar, sin pedirle permiso a mi madre. En cuanto salimos, él echó a andar con rapidez y firmeza, y yo me emparejé a sus pasos, ufano, lleno de vigor, de orgullo viril. Nos dirigimos a la tienda, y cuando llegamos me dijo, imponiéndome su estatura:

—Quítate esa idea de la cabeza.

—¿Qué idea?

—Yo no soy tu padre.

Lo expresó con insolencia, con desprecio, con un intolerable aire de superioridad. Incliné la cabeza, dominado por la ira que me produjo aquel zarpazo inesperado.

(Eso ya lo sabía: yo era hijo de nadie, de ninguno, de un muerto sin cara, sin voz, de alguien que transcurrió por el mundo y me dejó como fragmento de sí, como su huella, hijo de un fantasma que me traspasó su nombre y nada más, un muerto que para mí nunca estuvo vivo, una llaga que deja de doler pero que jamás alcanza a cicatrizar, una lápida en un panteón a orillas de la carretera, una ausencia irremplazable. Eso ya lo sabía yo: él no era mi padre: no había necesidad de usar esa arrogancia: no tenía derecho de avergonzarme, de humillarme: su agresión carecía de sentido).

Cuando levanté la vista, todavía aturdido, sonreí —quién sabe por qué, siempre sonrío cuando algo me hiere profundamente—. Él intuyó que había caído del pedestal, que se había transformado en una divinidad inferior.

—No es para que te ofendas. Te lo digo por poner las cosas en su sitio, nada más. —Y antes de que yo pudiera protestar, defenderme—: Ven, te quiero dar algo —me empujó hacia los fondos de la tienda, donde tenía su casa: dos habitaciones amplias, de techos muy altos, que olían a aposento cerrado. Unos cuantos muebles, aquí y allá, daban la impresión de que quien vivía ahí se encontraba de paso. Encendió un quinqué y hurgó en un viejo baúl—. Ten. Tómalo. Es para ti. Es tuyo.

Era un cuchillo de hombre de mar, afiladísimo. No entendí por qué me lo daba, ni para qué podría utilizarlo. Lo guardé bajo mi camisa. Algún día, pensé (o tal vez no, tal vez lo pienso ahora), cumpliría su destino.

—Y dale esto a Ifigenia. —Yo me sentí terriblemente vulnerable, empobrecido—. A solas.

Era un sobre pequeño.

Cuando regresé a casa, encontré que mi madre y mi hermana Ifigenia andaban de pleito (alcancé a percibir palabras furiosas, desleales), y que las dos habían llorado. Comprendí lo que sucedía, y el comprenderlo me pegó en los nervios y se me convirtió en tortura. Mi madre, como cansada de no hallarle explicación al mundo, se encerró en su cuarto. Antes, se abrazaron, no a manera de reconciliación sino de alianza. Le di el sobre a mi hermana Ifigenia y ella lo rompió sin abrirlo. Tomó mi cara entre sus manos y me besó tiernamente en los párpados. Dispuse el cuchillo en un cajón de la cómoda, entre mi ropa, al alcance de cualquier arrebato, de cualquier reivindicación. Colgada de una alcayata, doblada y recostada contra la pared como un ave en reposo, se hallaba mi hamaca. Me senté delante de la ventana, a vigilar los resplandores de la noche y a escuchar los gemidos lejanos del búho blanco. Recordé que don Virgilio había hablado, en distintas oportunidades, de la escasa valía de una existencia sin dignidad, sin honor. "Y la falta de fuerza hay que suplirla con determinación y astucia, como hacen los gatos". Para entonces ya estaba yo en primero de secundaria y mi hermana Ifigenia había empezado a estudiar la carrera de comercio.

¿Qué tan fiel es la memoria?, ¿qué tanto los sucesos que guarda ocurrieron así?, ¿qué de cierto y qué de imaginería se pone en marcha cuando la invocamos? Cada edad tiene sus propios misterios, y no pocos de ellos son indescifrables. Tiene también sus fantasías, sus ilusiones que pronto se escapan por los bolsillos rotos de la realidad. Aquí lo real, lo verdadero, es que un domingo (un domingo de septiembre), en las horas finales de la noche, el barrio de Santiago despertó conmocionado y confuso al toparse en el sueño con un alarido inclemente, ahincado, irredimible. Los vecinos acudieron a la tienda de don Virgilio, que era de donde había partido el grito espantoso; derribaron la puerta, entraron y encontraron al hombre tendido en un vasto charco de sangre, con su traje blanco empapado de rojo, los músculos inservibles, la carne del cuello hondamente injuriada por infinidad de tajos largos y finos que semejaban las líneas de un laberinto. Era un conquistador azorado por la derrota; un héroe despojado de gloria. Las palmas de mis manos estaban húmedas. En los límites de lo real y lo soñado, el dolor y la angustia me impedían quitarle los ojos de encima.

—Vamos —oí que dijo mi madre, tirándome del hombro.

Lo vi sólo un minuto; un minuto, que es tanto tiempo.

El corazón de las tardes se detuvo, como desprotegido, como huérfano. El cuerpo de don Virgilio Marón fue sepultado en una fosa común, sin que nadie lo velara, sin que nadie rezara por él. Durante las investigaciones, que no demoraron mucho ni fueron muy exhaustivas, la policía ordenó excavar en el terreno posterior de la tienda y en una de tantas encontraron el esqueleto de un felino cuyos huesos se hallaban ennegrecidos y cuya mandíbula parecía sonreír. Sin poder evitarlo, los vecinos se acordaron del gato dorado y aseguraron haber visto y escuchado la sombra y el maullido de un animal que trepaba y huía por la albarrada. Las autoridades no ignoraban que aquellas eran meras exaltaciones de la gente, que lo que había desfigurado el pescuezo a don Virgilio Marón no fueron las uñas de un animal sino el filo contundente de un arma. Un día, sin embargo, cerraron el caso sin que el crimen hubiese sido aclarado. Pocas semanas después, mi madre, que no conseguía reponerse de la impresión de la tragedia, decidió mudarnos de ciudad (de no haber sido por esa muerte, acaso nunca habríamos dejado la casa donde nacimos, el barrio donde todos nos conocían). Cualquier parte dio lo mismo, con tal de seguir siendo, a nuestro modo, una familia completa. Hoy pienso que fue lo mejor. Lo pienso mientras me bajo de los recuerdos, mientras mi madre reposa en su mecedora y mi hermana Ifigenia, la única mujer en el mundo, le sirve su plato de leche al gato enorme que se estira a mis pies, plácido, enigmático, hermosamente amodorrado. **u**